

LIBRERIA JIMENEZ

Mayor, 66

Plaza de la Villa, 1

MADRID

20 Cms

R.: 66.403



Revisado

LA PAZ.

CANCION EN ELOGIO

DEL

REY NUESTRO SEÑOR,

POR

DON DIONISIO SOLIS.

At nobis pax alma veni.
Tibul. Eleg.

SEVILLA. MDCCXCVI.

Con licencia en la Imprenta de D. Antonio Carrera
en calle Génova.

RECEIVED BY THE DIRECTOR

1941

RECEIVED BY THE DIRECTOR

1941

RECEIVED BY THE DIRECTOR

RECEIVED BY THE DIRECTOR

RECEIVED BY THE DIRECTOR

RECEIVED BY THE DIRECTOR

ADVERTENCIA.

LA presente Cancion que publicamos , creyendo que con ella lisongeamos el afecto del Público , es una de las que no necesitan otra recomendacion que su merito para ponerla al lado de las mejores de nuestros dias, y tal vez de nuestros Líricos del siglo XVI. Su Autor , poco conocido en la carrera literaria , aunque ha publicado otras producciones de este genero , siempre ha temido exponerse al público ; y à no estar nosotros satisfechos de la bondad de la presente , ocultariamos igualmente su nombre ; pero asi como nuestra amistad se ha propuesto publicar su obra , queremos no que de oculta su persona , interin se dan à luz algunas traducciones que ha hecho de Horacio , que à la verdad pueden alternar con las de León , Villegas , ó Argensola.

Su Autor afecto à esta Ciudad , por haber debido à ella mucha parte de su instruccion , remitió à uno de los editores esta Cancion , con carta que igualmente publicamos por ser la que dà razon de la obra , y al mismo tiempo acredita que la Andalucía no se ha cansado aun de producir ingenios. Dice pues asi.

„Envio á Vd. esa Cancion que tenia casi concluida quando se publicó la Paz ; pero las tercianas ahuyentaron mi enfermiza Musa , é impidieron que la lra-

primiese quando el asunto de ella estaba reciente. Ya mejorado volví à leer los versos que tenia compuestos, y noté que habia algunos que (sin arrogancia sea dicho) podian competir con los mejores de nuestros tiempos, y aun me persuadia ¡majadero! que tales quales de ellos llevaban la insignia Virgiliãna. Por esta razon me dispuse à rematarla, para que Vd. la corrigiese de los defectos que sin duda tiene, y mi ignorancia me ha hecho reputar por bellezas. Ya sabé Vd. que hablo con la misma ingenuidad quando le alabo mis composiciones, como me muestro docil quando se me reprehende lo vicioso de ellas.

La filosofia rãmplona que he seguido en el plan de mi Cancion es bastante visible, y Vd. conocerá que solo he querido dar una idea aunque debil de los males de la guerra á fin de que resalte mas la pintura de la Paz.

No necesito tampoco advertir que he procurado usar de las locuciones mas poeticas que brillan en nuestro Herrera, quitando ó suprimiendo los articulos varias veces, como quando digo en la 5.^a estancia:

Y de muerte la pálida figura. &c.

Y en la 7.^a *Con cien nudos de bronce, y en sangrientos
Haces de armas sentado.*

Pensamiento que tomé de Virgilio, como de Homero en su Iliada la imagen con que remato la citada estancia 5.^a

CANCION

A LA PAZ.

¿Y á dó lleno de ti, Padre Lico,
Me llevas? ¿A que rocas escarpadas
Me siento arrebatár rápidamente
Sin resistir mis fuerzas desmayadas
Contra el furor que incita mi deseo?
¿A que negra espelunca, en qué presente,
Con miedo reverente,
Veo la inmortal gloria,
Que á la inclita memoria
De nuestro Augusto Carlos se prepara,
Que su fiz muestra mas luciente y clara
Que el rubio Apolo en rayos inflamado,
Porque a la Patria cara
Volvió el reposo tanto deseado?

Cruel guerra! cruel! Tu, tu llenabas
De lágrimas, de luto y desconsuelo
Al triste Español Pueblo desolado:
Tu el pacífico hogar de mortal duelo
Cubrias, y á los campos arrancabas

Su

Su habitador tranquilo y bienhadado,
Que de ellos alexado ,
Con la sangre vertida
Por la profunda herida
Iba à turbar las fuentes del Pyrene ;
Y mientras que el espíritu sostiene
El cuerpo roto , y laso y abatido ,
Fijo el rostro mantiene
Hacia el lugar adonde fue nacido.

Ay ! ay ! Veo las aguas turbulentas
Del Segre , que la sangre derramada
Hace muy mas hinchadas y espumosas :
Los cuerpos semivivos , que anegada
Con ellos su esperanza , en las violentas
Ondas dexan las vidas hazañosas :
Las armas gloriosas
En mil partes rompidas,
Y , aunque tarde , vencidas :
Veo nadar al fuerte y leal caballo,
Por si consigue à su señor salvallo,
Sin temor del peligro extraño y fiero ;
Pero ; ah ! que sin lograllo
Perecen el caballo y caballero.

De humo y polvo una negra y densa nube
A los ojos oculta el claro dia,

Que

Que yace en ciega niebla escurcido,
Y de uno y otro exercito á porfia
El agudo clamor al Cielo sube :
Del cañon al horrisono estampido,
Cuyo espantoso ruido
En los montes resuena,
Y el mar vecino afruena,
Siento la oculta selva conmovérse,
Y el campo todo en torno estremecerse,
Y que al son de las caxas el soldado
Demuestra enardecerse
Por correr á la muerte denodado.

Ya Belona el furor é ira reparte,
Esparcido el cabello al raudo viento,
Con las hermanas , cuya vestidura
Contino mana en un humor sangriento :
Ya sacude el escudo el Tracio Marte,
Y dé muerte la pálida figura
Ante él se apresura :
Ya cruge el sonoro
Azote , y pavoroso
Los fogosos caballos mas inflama,
Quando con voz tremenda nombra y llama :
Y de la sangre que á saltar constriñen,
Y el soldado derrama,

El ferreo exe de su carro tiñen.

Hè aquí la tierna y miserable esposa,
A quien barbara mano le hizo ageno
El suelo patrio, que huye acorrojada
Con los dulces hijuelos en el seno,
Del soldado à la ira furiosa:

La alma tierra aparece desbastada,

Y::: ¡ guerra despiadada !

Las campiñas amenas,

Dò en dulces cantilenas

Saludaban la nueva y blanca Aurora,

Mil paxarillos que su luz cólora,

Vueltas aridas ya, y hechos acerbos !

Escuchan solo agora

El graznido odioso de los cuervos.

¡ Pero que nuevo, y agradable objeto

Se ofrece à mi alterada fantasía,

En tanta confusion, terror y espanto ?

Carlo, el piadoso Carlo en compañía

De la divina Paz, de quien inquiere

El zefrillo ondea el regio manto,

Ya de nuestro quebranto

Compadecido cierra

El templo de la guerra,

Con uno y otro fuerte y gran candado ;

Don-

Donde el impio Furor aprisionado
Con cien nudos de bronce, y en sangrientos
Haces de armas sentado,
Se aira, al ver frustrados sus intentos.

Ya por fin luce mas sereno el día
Sobre nosotros; ya la Idalia estrella
Entre celages cándidos parece,
Y del viejo Tirán la esposa bella
Del horizonte la rosada via
Con fuegos muy mas puros esclarece.

¡Quan hermoso se ofrece
En el diafano Cielo
El gran Señor de Delo!
¡Quanto en el mar profundo reverbera
El tibio rayo de su luz primera!
¡Y quanto la natura graciosa,
Alegre y lisongera
Se ostenta en todo por la paz dichosa!

En el florido prado el pastorcillo,
A vista del ganado que en el paze,
Da su canto à los vientos voladores,
Y el nombre de Amarili, à quien apaze
El son de su silvestre caramillo,
Los bosques lo repiten, sabedores
De sus dulces amores;

En tanto que trocada
La mortífera espada
En el luciente hierro del arado,
El campo de sus padres heredado
Infatigable labrador cultiva,
Con el sudor regado
Que en su frente produce llama estiva.

Aquí à vista del patrio y sacro río,
Aquí à la orilla de sonora fuente
De la opaca frescura goza ledó,
Expuestos pecho y boca al manso ambiente,
De aquí escucha, só el árbol mas umbrío,
Los que podando en montaraz viñedo
Libres de torpe miedo
A las auras veloces
Dán sus rusticas voces,
Mientras enxambre de abejas oficioso
Le atrae, al ir chupando vagaroso
Las flores bellas, y con mas empeño
El tomillo oloroso,
Con suave susurro blando el sueño.

Ya solo el atrevido mercadante
Del Austro los combates violentos
Recela y teme, ó quando el Norte suena,
Caudillo de borrascas y de vientos;

Fines

Pues no el pirata oprimirá arrogante

Al pasagero en barbara cadena.

Con faz pura y serena

Alma Religion brilla,

Y á la impiedad humilla;

Y qual en primavera reverdecen

Los campos, nuestras ciencias reflorescen,

Gozando el Capitan la inmortal fama

Que sus hechos merecen,

La sien ceñida de febea rama.

¿Y todo es obra de una mortal mano?

¿Y á tantos tornar puede un hombre solo

Felices de infelices? Si : el Monarca,

Que desde el nuestro al contrapuesto polo

Gobierna, y de su cetro soberano

El sol los anchos límites demarca,

Y el hondo Ponto abarca,

Imitando al augusto

Padre, piadoso y justo

Llamó la sacra Paz del alto Cielo,

Y ella á su voz hendiendo el azul velo

Con las doradas alas, se reposa

De su rápido vuelo,

Y cubre nuestra Hesperia belicosa.

¡Oh Paz! permita el Dios grande y temido,
Que



Que gires luengo tiempo placentera
Sobre los Españoles fortunados;
Y qual si Carlos padre tuyo fuera,
El suyo con tu nombre confundido
Repitan aun los Pueblos apartados
Primero ilaminados
Del sol en oriente,
Al último occidente,
Y desde la Hiperborea alta montaña,
Hasta la ignota playa Austral y extraña,
Quando impia guerra venga à molestarlos;
Y en afliccion tamaña
Llorosos clamen solo : ¡oh Paz! ¡oh Carlos!

FIN.

